

EL MODO DE SER POLITICO EN NICARAGUA

Durante el medio siglo que tenemos de vivir la vida de los pueblos libres e independientes se han hecho constantes y generosos esfuerzos por los patriotas para consolidar las instituciones democráticas que felizmente adoptaron los próceres de la independencia, y encaminar nuestra incipiente nación en el camino del progreso, siguiendo las huellas de pueblos más cultos, pero la ignorancia de los unos y las malas pasiones de los otros han maleado la obra del patriotismo y colocado a la patria en diversas ocasiones al borde del abismo

La diferente manera de ver y apreciar las cosas, los intereses encontrados y las rivalidades y los celos, han fraccionado a los nicaragüenses, constituyéndoles en bandos que apellidan políticos y lanzándoles a la lucha material, lucha impía e insensata que nos ha dado en último término la ignorancia, la pobreza el aislamiento, y en fin, todo ese cortejo de males propios de las guerras civiles

Cualquiera que de lejos contemple el cuadro que presentu la mayor parte de las naciones que surgieron al grito de independencia lanzado en Caracas en 1810, creará ver en nuestras constantes agitaciones, en nuestras luchas, con frecuencia salpicadas de sangre, los esfuerzos titánicos de un pueblo robusto e inteligente, por sentar la nación sobre sólidas bases. Pensará que los llamados bandos políticos están separados por ideas y principios diferentes, ideas y principios que cada cual juzga que son los mejores y que desea con sinceridad y buena fe llevar al Gobierno para labrar con ellos la felicidad del pueblo, cuyo nombre invoca y dar honor y gloria a su querida patria; ¡Pero cuán mal nos juzgaría! Qué completa sería su ilusión!

Con excepción de la guerra de la independencia, todas nuestras luchas no tienen más móvil que pasiones, caprichos e intereses mezquinos que se quieren satisfacer

Con excepción de los partidos *realista* o que deseaba la perpetua dominación de una potencia extranjera, la sempiterna esclavitud de la patria, e *independiente* que se lanzaba al combate sin armas, sin disciplina, o más bien, sin más armas, sin más disciplina, que la conciencia de sus derechos y el anhelo de su libertad e independencia, con excepción de esos dos bandos, decimos, todos los demás no tienen, no deben tener razón de ser. ¿Qué es lo que uno quiere y el otro rehusa?Cuál es la línea que los separa? A dónde van, qué buscan? Ya lo veremos

Con frecuencia se quieren dorar nuestros miseria, para que no aparezcan tan repugnante el cuadro que presenta nuestra historia política, pero las buenas

intenciones de nuestros escritores son impotentes para ocultar la verdadera naturaleza de los hechos, y al través de los bellos colores se descubren las manchas negras y repugnantes que afean el cuadro.

Basta observar las denominaciones de nuestros partidos para conocer que carecen completamente de aspiraciones legítimas

Después de los Liberales o Independientes y Serviles que tuvimos al tiempo de nuestra emancipación, los demás, con una excepción, no expresan nada

Purujos y Cachurecos
Sapelcos y Chapiollos
Culumucos y Abejas
Desnudos y Mechudos
Calandracas y Timbucos
Demócratas y Legitimistas
Paperones y Crestones

¿Qué significan esas denominaciones bárbaras, qué expresan, qué revelan?

Significan la ausencia completa de ideas y principios contrapuestos que se trate de dilucidar expresan la falta de bandera legal que, cubriendo la mesnada con sus pliegues excusa sus extravíos, y revelan las pasiones de la muchedumbre y los hechos constantes que les han caracterizado

En los países civilizados en donde hay verdaderos partidos políticos, hay entre ellos una verdadera línea divisoria, formada por las ideas y los principios que se pretende llevar a la práctica y a los cuales se quiere amoldar la sociedad, ya para darle una forma completamente distinta, ya para modificar y mejorar la anterior

En Inglaterra están el partido Tory y el Whig, es decir, el que sostiene las prerrogativas de la corona y se opone a las reformas y el que quiere las innovaciones liberales. Unas veces domina un bando, otras el otro, según la mayor o menor popularidad de que alternativamente disfrutan, o las complicaciones que surgen en las relaciones internacionales con motivo de la política que se inaugura. Cada uno de esos partidos tiene ideas que realizar cuando llega al Poder, al cual llega, no en virtud de la fuerza bruta sino por la fuerza de la opinión

En Alemania están el partido católico y el protestante. Los nombres indican su naturaleza y sus tendencias. Los partidos allí tienen un carácter religioso porque siendo Alemania la cuna de la Reforma, las luchas que tuvieron lugar desde que se inició el movimiento revolucionario de la conciencia o del libre examen contra la autoridad de los papas, llevaron ese carácter que les ha distinguido

La Italia, al través de las diver luchas que ha sos-

tenido por constituir su nacionalidad, conserva sus antiguos partidos: Güelfo y Gibelino, o partido de los papas y de los emperadores

En Francia hay más variedad de bandos políticos, pero todos tienen su razón de ser, todos están marcados por sus tendencias y aspiraciones diferentes. Realistas o imperialistas, republicanos, y socialistas o republicanos rojos, todos revelan sus tendencias a constituir la sociedad de un modo distinto y más perfecto

La España tiene varios partidos monárquicos y además el republicano, el progresista etc, pero en medio de esa variedad y de la confusión que nosotros vemos en la situación actual de nuestra antigua madre patria, se ve la transición de la monarquía a la República democrática, se comprende la lucha desesperada que sostienen los partidos, unos por restaurar la monarquía que representa las glorias de la nación y otros por consolidar la República, como la forma de Gobierno propia de los pueblos que tienen la conciencia de sus derechos y la voluntad necesaria para ser libres (1)

En los Estados Unidos había el confederado o esclavista y el federal o abolicionista. Los nombres definen claramente las tendencias de los partidos. Hay actualmente el republicano y el demócrata

Basta lo que hemos expuesto para conocer que en otros países, los partidos políticos son verdaderamente tales, tienen principios fijos, radicales, hacia los cuales gravitan constantemente, las luchas que sostienen son de un carácter más digno, llevan por punto objetivo la realización de un ideal que ellos creen fecundó en bienes para la nación y muchas veces para la humanidad; pero esas luchas, si bien es verdad que muchas ocasiones son sangrientas, son casi indispensables al verificarse la transición, al derrumbar el orden de cosas antiguo y levantar sobre sus ruinas el que se ha creído mejor

Nuestros partidos no tienen ese carácter que distingue a los de los pueblos de civilización más adulta. Para justificar esa verdad no necesitamos recorrer toda la historia de nuestras aberraciones políticas. No queremos se crea que hacemos alusiones personales ni que tratamos de recordar acontecimientos dolorosos, que sinceramente deseáramos borrar de la memoria de los pueblos

Liberal y conservador se han denominado últimamente los partidos que en Nicaragua se han disputado el poder; pero, si ajenos a las pasiones que llaman políticas, los examinamos con el escalpelo de la fría razón y a la luz de una sana crítica, veremos que no hay razón para esa diferente nomenclatura. A nuestro juicio ni el uno ni el otro merece el nombre que se le da y del cual proceden las equivocaciones sucesivas, atribuyendo a cada uno los principios que le son propios y que justamente le distingue en otras partes

¿Dónde están aquí esos antiguos principios, esos principios tradicionales, que son la vida, que son el alma del partido conservador?

¿Dónde están aquí esos demócratas representan-

tes del progreso indefinido de los pueblos, esos amigos de la humanidad?

Nosotros no los veos, no los podemos ver, y no los podemos ver porque no existen, porque son creaciones fantásticas de imaginaciones calenturientas. Nosotros hemos visto al llamado partido liberal en el poder íntimamente aliado con el clero, gobernar con entero olvido de las doctrinas democráticas

Vemos también al partido conservador en el poder, y no vemos cambiar nada en nuestra sociedad. Las mismas instituciones políticas, el mismo sistema económico proteccionista y de monopolios, el mismo sistema administrativo, sirve a los dos partidos. Ninguno es partidario de la libertad religiosa, porque ambos son igualmente fanáticos. Ninguno ha operado la reforma económica porque profesan los mismos principios económicos, o más bien no tienen ningunos principios. La abolición de la esclavitud se debe a ambos, la institución del jurado a ambos. Los dos partidos hacen lo mismo cuando están en el Poder, con la diferencia de que el *liberal solo lo es con sus amigos*, y el conservador da garantías a todos

Vemos, pues, que nuestros partidos no tienen ideas ni principios diferentes y por consiguiente no tienen razón de ser políticamente hablando, y debemos buscar en otra parte la razón de su existencia

II

Ya que según hemos visto no hay divergencia radical en ideas y principios entre nuestros partidos, busquemos en la historia su origen, su carácter y tendencias

León, como capital de la provincia era la residencia de las autoridades españolas y de los principales realistas de Nicaragua

Granada adquirió mucha importancia por su posición a orillas del Gran Lago cuando las depredaciones de los piratas que infestaron el Pacífico, obligaron al comercio de Centro América a pasar por el río San Juan. El espíritu mercantil que hace activos y emprendedores a los hombres, dominaba en Granada, la que desde el siglo XVI empezó a revelar sus tendencias separatistas, provocando una agitación en la provincia con motivo de las ordenanzas que prohibían el cultivo de la viña, el moral, el olivo, el lino y la cría de ganado lanar. Pero este movimiento liberal fue sofocado por las autoridades de León, erigiendo desde entonces el presidio de San Carlos

De este modo las dos principales ciudades de la provincia se hallaban en antagonismo. La una quería libertad industrial y mercantil y la otra sostenía el sistema prohibitivo que era esencial en el régimen colonial

Cuando se supo en Nicaragua la deposición de Fernando VII y que a consecuencia de ella varias provincias americanas habían lanzado el grito de independencia, se formó un partido que deseaba la independencia absoluta. Granada fue el teatro de sediciones frecuentes contra la dominación española, y las tropas de León marchaban a sofocarlas. Está muy vivo el recuerdo de la sedición que dió por resul-

(1) NOTA—Esto fué escrito en 1874.

tado la expulsión de Cerda y Argüello *La guerra del año de 11*, dicen algunos ancianos de Granada, al recordar los primeros síntomas de nuestra independencia, aquellos movimientos patrióticos precursores de la libertad de un pueblo.

La independencia se proclamó y apenas se comenzaba a fundar la República de las provincias unidas de Centro América, cuando en 1822 fue anexada al imperio mexicano. Desde luego se formaron dos partidos políticos que, como hemos dicho al principio, eran verdaderamente tales. Uno quería la anexión, otro la República independiente. En León estaba el foco del primero, y en Granada el del segundo. Ordóñez dio el primer grito anti-imperialista, y bajo su bandera se alistaron los liberales. Sarabia, último gobernador español, marchó sobre Granada con fuerzas aguerridas y numerosas, pero sus esfuerzos se estrellaron ante el puñado de patriotas capitaneados por Ordóñez.

A la derrota de Sarabia sucedió la anarquía más completa. Don Crisanto Sacasa quiso derrocar a Ordóñez que mandaba en Granada. Reunió en torno suyo a varios amigos, formó en Managua y Masaya un pequeño ejército y atacó a Ordóñez. Fue rechazado. Reorganizó su ejército y marchó sobre León. Allí tuvo la misma suerte que en Granada, pero antes de retirarse incendió parte de la población (26 de agosto de 1824).

Como don Crisanto era granadino, los leoneses han tomado de pretexto esa circunstancia para hacer recaer sobre Granada la responsabilidad de aquella mala acción, sin tener presente que Granada también fue víctima de Sacasa.

Desde entonces data, a nuestro juicio, la rivalidad entre esos dos pueblos, llamados a impulsar el progreso de la República, pero por una fatalidad destinados a labrar las desgracias de la nación.

Después de esas disensiones, en que desgraciadamente se creó el germen fecundo de discordias futuras, se trató de reorganizar el país. Cerda y Argüello fueron electos, Jefe el primero y Vice-Jefe el segundo. Muy pronto hubo desacuerdo entre ambos personajes y cada uno se puso a la cabeza de una facción. Managua y Rivas se pronunciaron por Cerda, León y Granada por Argüello. Como se ve, ya no es la lucha por un principio, ni por la rivalidad entre las dos ciudades, sus móviles son más bajos.

"Una guerra civil furiosa, dice Mr. Levy en su *Geografía de Nicaragua*, en la cual se olvidó completamente el punto de partida político, para fijarse únicamente en móviles personales, cubrió el país de sangre y de ruinas durante tres años. De esa guerra data la extraña costumbre de que en Nicaragua cada ciudadano se considera como obligado a formar forzosamente en las filas de un partido; nace por decirlo así, afiliado a él, arriesga su vida, descuida sus bienes y la educación de sus hijos, únicamente por no soportar la humillación de ser gobernado por el partido contrario, aunque éste hiciera el bien del país. La guerra era salvaje. hombres de talento, pero pobres, se acostumbraban a la desdichada idea de apoyarse sobre la fuerza para gobernar, y de gobernar para adquirir bienes, a cada momento se violaban la propiedad, la

libertad o las personas, se descuidaron todas las mejoras, se acabó el erario, no hubo más Justicia, y solo quedó un fantasma vacilante de administración. Los vencidos, víctimas de represalias inauditas, y queriendo también vengar a sus prisioneros, sacrificados como criminales, se apresuraban a reunirse y a atacar de nuevo al vencedor. La traición, la hipocresía, la seducción, la conspiración y el asesinato se introdujeron en las costumbres políticas. Esta situación espantosa duró hasta la muerte de Cerda, fusilado en Rivas en 1829".

Según la tradición, es un poco exagerado la pintura que hace el señor Levy de aquellos aciagos días, pero en el fondo la creemos exacta. No estamos de acuerdo con él en que haya terminado con la muerte de Cerda, por el contrario, creemos que desde allí data ese carácter personalista de nuestros partidos y esa ferocidad que han tenido nuestras luchas, aunque es verdad que cada día se nota menos barbarismo a medida que se populariza la instrucción y se avanza en el camino de la civilización.

No es nuestro ánimo escribir la historia, ni hacer rectificaciones, sino servirnos de aquellos hechos históricos que pintan, por decirlo así, el carácter de los partidos, revelando su naturaleza y sus tendencias. Quizá suframos algunas equivocaciones en la enumeración cronológica de los sucesos, porque descansando en las relaciones de algunos ancianos, es probable haya inexactitud, pues no es fácil fijar con precisión la fecha de acontecimientos lejanos no teniendo más datos que una tradición embrollada.

A don Dionisio Herrera sucedió el señor Zepeda. Oigamos hablar a Mr. Levy de aquellos borrascosos tiempos.

"Las rivalidades de León y Granada sirven de pretexto al desarrollo de las más viles pasiones. Se establece de facto la guerra de los que no tienen nada contra los que tienen algo. Zepeda fue asesinado en León (1837). El vice Jefe Núñez siguió ejerciendo el mando".

Después de Núñez fue electo Director del Estado don Pablo Buitrago, a quien sucedió don Manuel Pérez. Entonces la Dirección del Estado estaba separada de la Comandancia general. El verdadero Director era el jefe de armas. El célebre Casto Fonseca ejercía la Comandancia y disponía a su antojo de la sociedad. La autoridad moral del Director no valía nada ante la soldadesca desenfundada que rodeaba a Fonseca. El militarismo estaba entronizado, se atropellaba sin distinción a todos los ciudadanos y el descontento era general. Pero los actos desautorizados de Casto no se limitaban al Estado, sino que se extendían hasta a los vecinos al grado de atraer sobre Nicaragua las armas del Salvador y Honduras. Malespín invadió el Estado y puso sitio a León. Los descontentos de Nicaragua aprovecharon la oportunidad que se les presentaba para poner término a la oprobiosa dominación de Casto. Managua fue la primera que se pronunció contra el Gobierno, la secundó Masaya, Granada siguió la corriente revolucionaria y la sublección fue general. Don Silvestre Selva se puso a la cabeza del movimiento y envió un agente a León con objeto de mediar entre el Gobierno y los invasores.

Las proposiciones para un arreglo pacífico fueron desechadas por el Gobierno y entonces las fuerzas del Director provisorio apoyaron a Malespín hasta derribar a Pérez

No fueron, pues, los pueblos de Nicaragua los que invadieron a León, sino que se prepararon para recibir del invasor el poder de que tanto abusó Casto Fonseca con daño de los nicaragüenses cuyos derechos había conculcado. No vemos nosotros en ese suceso ningún motivo plausible que pueda alegarse como causa de enojo entre León y Granada, siendo así que lo más importante de aquella ciudad coadyuvó con sus esfuerzos al triunfo de los invasores

Desde luego se instaló el Gobierno provisoriamente en Masaya y después se trasladó a Managua —para que sirviera como fiel de la balanza entre las ciudades rivales

Restablecida la paz en el Estado, fue electo Director don José León Sandoval. En 1847 le sucedió don José Guerrero. Los partidos se encontraron y pronto surgió la facción de Somoza

A Guerrero, sucedió don Norberto Ramírez, uno de los más ilustrados y liberales gobernantes que ha tenido Nicaragua

En 1851 era Director don Laureano Pineda y Comandante general, Muñoz. El militarismo quiso levantar nuevamente la cabeza, y como sino estuviese satisfecho con la tranquilidad de que se había disfrutado, expulsó al Director. Pero ese atentado de Muñoz y sus veteranos no fue secundado por los pueblos —Pineda regresó, y sin combatir recuperó el poder y depuso al Comandante general. Para dar más fuerza a la autoridad pública y evitar que el Director del Estado fuera juguete de los Comandantes —reasumió la Comandancia el Director

Parecía que ya había terminado la era de las guerras civiles cuando fue electo Director don Fruto Chamorro (1852). Esta elección dejó burladas muchas esperanzas e ilusiones. La energía del nuevo Director era una garantía de paz, porque se esperaba que con mano fuerte reprimiría los instintos demagógicos que tantos males han causado al país y que son la causa de la ruina de las Repúblicas. Pero pocas veces la conciencia del deber y la voz del patriotismo ahogan el rugido de las pasiones desordenadas que a los hombres y a las naciones lanzan a menudo en el abismo. La revolución estalló y todos los sucesos que tuvieron lugar hasta la formación de la Junta de Gobierno (1857) están muy presentes en la memoria de los pueblos para que tengamos necesidad de referirlos. La lucha cesó, los partidos parecían reconciliados, olvidaron sus rencores y procuraron de consuno restañar las heridas de la patria.

III

Al dirigir una mirada retrospectiva sobre los hechos históricos que ligeramente bosquejamos en el artículo anterior ¿qué vemos? No vemos más que desolación y ruínas, pasiones y miserias.

1824, 29, 31, 44 y 54 fechas fatídicas que recuerdan acontecimientos dolorosos, el reinado de las

pasiones que imperan sobre la razón y postergan los verdaderos intereses del país

Después de la lucha de 1822 en que sucumbieron los imperialistas, no hubo más que republicanos. No hay ya principios antagónicos que traten de abrirse paso para llegar al Gobierno. Los partidos políticos propiamente dichos desaparecieron con la derrota completa de Sarabia, representante de la facción aristocrática de la colonia, y al comenzar la guerra civil entre Cerda y Argüello, los dos amigos, los dos desterrados de 1811, se inauguró el *caudillage*, ese cáncer que roe a la mayor parte de las Repúblicas hispano-americanas, agravado con la circunstancia de que cada uno trata de explotar en provecho propio el espíritu de localismo para hacerlo servir a sus particulares intereses.

En realidad de verdad, no existe, o no debiera existir, rivalidad entre Granada y León. ¿Por qué son rivales? ¿Qué motivos tienen para odiarse ambos pueblos? ¿Cuál es la divergencia que existe entre una y otra sociedad?

Alegar que la guerra de 1822 y la de 54 autorizan a Granada a buscar represalia, es tan insensato como decir que la de 24 y 44 justifican cualquier proyecto liberticida de parte de León. Esto equivale a decir que ambos pueblos pueden y deben destruirse y por consiguiente que la lucha ha de ser indefinida hasta borrar del mapa de las naciones la República de Nicaragua

Según acabamos de ver en la relación histórica que precede, León ha sido hostil a Granada desde la época colonial, queriendo sofocar los sentimientos liberales de que allí se dio muestra un siglo antes de la independencia, y en 1854 por vengar las supuestas injurias inferidas por Granada en 1824 y 44, siendo así que las primeras fueron por Sacasa y las segundas por Malespín

No existe divergencia en principios políticos en los hombres que alternativamente forman en uno y otro bando, pero existen intereses encontrados, por lo cual se separan, hay odios y rencores personales, intereses y odios que se trata de satisfacer llegando al Gobierno. Se establece de facto, como dice Mr Levy, la lucha de los que no tienen nada contra los que tienen algo se invocan los principios democráticos en vez del comunismo y al atacar la propiedad y el amor al trabajo, se piensa combatir la tiranía y destruir los principios conservadores

La facción del Chelón y la de Somoza, Sietepañuelos y otras semejantes, eran la lucha de los que no tienen nada contra los que tienen algo

Los nombres de las diversas facciones, esos nombres bárbaros de que hablamos en el artículo primero, expresan con bastante propiedad la naturaleza de ellas y coinciden con la observación de Mr Levy

Abojas y *culumucos*. Esas palabras no expresan principios políticos, pero revelan unos hechos muy significativos

Las abejas son laboriosas, se asocian y forman su dulcísima riqueza

Los *culumucos* son los zánganos de la colmena, que pretenden arrebatar a las abejas el tesoro que han formado, merced a su laboriosidad.

Timbucos y calandracas; paperones y crestones Palabras que revelan la naturaleza y tendencia de aquellos a quienes se refieren. Esto es muy claro para los que las conocen

Lo que hemos dicho de las abejas y *culumucos*, se puede aplicar respectivamente a las otras denominaciones, que en nuestro concepto revelan la existencia, no de dos partidos políticos, sino de dos categorías sociales, basadas en la diferencia del bienestar material. Esas dos categorías que al entrar en choque toman con frecuencia diversos nombres, son formadas en Europa por los proletarios y los propietarios, pero hay entre ellas una diferencia esencial en cuanto a los medios de que se valen para mejorar su condición. El proletario en Europa apela a las huelgas para obtener aumento de salario que remunere debidamente su trabajo y le facilite lo necesario para llenar sus necesidades. Entre nosotros, los desheredados (hay excepciones por supuesto, de que después hablaremos) los desheredados, decimos, apelan a la revolución como un medio eficaz para curar radicalmente el mal.

La pobreza por una parte y la rivalidad entre los primeros pueblos de la República por otra, son dos poderosos elementos que explotan algunos ambiciosos para llegar al Poder. A los unos halagan con promesas de empleos lucrativos o de otra clase según las circunstancias especiales de cada uno, sus inclinaciones o aspiraciones, y a otros les lisonjean con destruir o humillar al pueblo rival, o lo que todavía es peor, con la venganza de sus injurias personales.

No es esto decir, que en el otro bando no haya pobres, ni aspirantes a empleos honoríficos o lucrativos. En ambos bandos se encuentran hombres de todas las categorías o posiciones sociales, en ambos vemos honrados y zánganos, pobres y ricos, blancos, negros, indios, zambos, mestizos y mulatos o cuarterones, pero hay una circunstancia esencial y que caracteriza a los dos. En el uno dominan los hombres que en todas partes son conocidos por sujetos de posición social; y en el otro están en minoría.

La historia política de nuestros partidos nos presenta a cada momento ese vaiven continuo que forma lo que aquí se llama la *política*. Desde la lucha de Cerda y Argüello vemos que nuestros hombres públicos se unen y se pelean por cualquier pretexto, verificándose las transiciones bruscamente o *de la noche a la mañana*.

Una esperanza burlada, cualquier movimiento de amor propio, la remoción de un empleado, las indicaciones de alguno desatendidas y otras cosas semejantes son poderosos motivos por los que unos cuantos que un día vemos al lado del bando dominante, se trasladan a la oposición y hacen la más cruda guerra a aquellos mismos a quienes poco ha llamaban amigos.

También es muy frecuente ver a muchos de la oposición, a los más exaltados tal vez, pasar a las filas contrarias por enemistad con sus camaradas, por haber perdido la esperanza del triunfo, porque se les halaga con empleos y consideraciones o por el solo deseo de cambiar.

No se crea que hacemos alusión a individuo o parcialidad alguna. Las consideraciones que hace-

mos están basadas en la historia de nuestros sucesos y de nuestros hombres públicos. Cualquiera que ligeramente observe el movimiento político de este pequeño país, encontrará abundantísimos ejemplos de lo que nosotros aseveramos.

Para nuestro propósito basta lo dicho. Ello revela que aquí no hay partidos políticos propiamente tales y que las denominaciones de liberal y conservador son tan ridículas como inexactas. Además de los hechos constantemente repetidos, tenemos en nuestro apoyo las declaraciones de los mismos pro-hombres que más de una vez han formado alternativamente en ambos bandos. Citaremos solamente al Doctor Jerez que ha sido considerado como Jefe del partido liberal.

"En Nicaragua, dijo, de algún tiempo a esta parte todos nos decimos liberales. Entonces, los partidos que nos dividan serán partidos de hecho".

Si de sus palabras pasamos a sus actos, encontraremos lo mismo. En 54 era casi el Jefe de los denominados democráticos y en 57 forma con el General más afortunado del partido legitimista la Junta de Gobierno. Mas tarde estos Jefes no están de acuerdo, Jerez hace causa común con los que antes llamaban conservadores, y Martínez, el General legitimista, se apoya en los restos del antiguo partido democrático hasta terminar su período de mando.

Al General Martínez sucedió Guzmán. Aquí hay una nueva evolución. Los que le acaban de elegir le combaten, y los que se oponían a su elección le sostienen. Jerez, el desterrado de '63, se une a su antiguo enemigo para derrocar al nuevo Jefe del Poder Ejecutivo que le ha llamado del destierro. Nótese que al hablar de Jerez y Martínez no nos referimos solo a sus individualidades, sino que comprendemos los partidos que ellos representan y de quienes han tomado sus denominaciones.

A Guzmán sucedió el señor Cuadra. El partido que le acaba de elevar se divide y por una de esas inconsecuencias tan comunes, entre nosotros, se une una de esas fracciones al partido contra quien combatió durante largo tiempo.

La historia de esos cambios comprueba elocuentemente nuestros asertos de que no hay partidos políticos, sino círculos, agrupaciones más o menos numerosas de hombres que quieren tomar participación en las cosas públicas para coronar sus aspiraciones, las que tratan de ocultar bajo el manto de la *política*. (1)

IV

Como a nuestro juicio las cuestiones políticas están íntimamente enlazadas con las sociales, económicas y religiosas, tendremos con frecuencia que

(1) NOTA --Veinte años han transcurrido desde que fue escrito esto y en este tiempo se han verificado cambios radicales en el Gobierno, en la organización de los partidos y en sus evoluciones políticas. El partido liberal ha llegado al poder, procura definir su programa, trata de encarnarlo en la sociedad, tiende a gobernar conforme a él y ha iniciado las reformas convenientes en consonancia con sus principios esenciales. Ha comenzado, pues, una nueva era política, que nos aparta de la rutina y debe llevarnos hasta la práctica regular, pacífica y perfecta del Gobierno republicano democrático. Es bastante haber salido de embrionario en que estábamos hace 20 años y lanzarnos resueltamente por la senda de la verdadera República.

¡Ojalá haya perseverancia y que con prudencia y calma se vayan verificando las reformas que la nación necesita para lograr sin estrépito ni sacrificios el progreso a que todos aspiramos!

entrar de lleno en esas cuestiones aunque parezca a algunos que se hallan distantes de nuestro punto de partida, según el mote que encabeza nuestros artículos

Las últimas consideraciones que hicimos acerca de la naturaleza de nuestros partidos, nos llevan necesariamente a tratar de un asunto de alta importancia *el pauperismo*

Esa plaga social que ha existido en todo tiempo y en todas las naciones aún las más favorecidas por la naturaleza y la bondad de las instituciones, también existe entre nosotros, aunque despojada del carácter repugnante con que se presenta en otras partes

Aquí hay miseria, pero ningún miserable perece por hambre. Las necesidades reales de cada uno son muy pocas y de fácil satisfacción. Todos pueden conservar la existencia, aunque llena de privaciones, y al arrastrar una vida miserable se piensa en la manera de mejorar la situación y se encuentra el individuo en aptitud de acometer cualquiera empresa por descabellada que parezca

Debemos distinguir dos clases de pobres, porque hay entre ellos muchas diferencias

La mayoría de la nación es de pobres de esos que son el nervio del Estado. Han nacido bajo el pobre techo de la casa paterna, han crecido en medio de las privaciones y desde su temprana edad han estado sometidos a la ley del trabajo para ayudar a sus padres. Se acostumbran a la idea de que su destino es trabajar para vivir, para ganar su ordinario sustento, y multiplicándose sin atender a sus bienes materiales, forman inconscientemente esa cadena inmensa de seres infortunados nacidos para el dolor. De allí salen los jornaleros, los artesanos, los soldados y las mujeres que prestan todos los servicios cotidianos necesarios en la vida de las familias de cualquier categoría que sean

Esta clase de pobres son el alma, son la vida de la nación, son si se quiere la nación misma. Ellos crean la riqueza con que otros se regalan; mientras ellos mismos apenas tienen lo necesario para conservar su existencia. Cultivan los campos, edifican las poblaciones, preparan todo lo necesario para la vida. En cambio de eso, no exigen más que una miserable retribución para dar a su familia *el pan de cada día*. Su alimento es pésimo, su vestuario es pobrísimo, su lecho una tabla, su habitación una infeliz casucha que imperfectamente les guarece de la acción de los elementos naturales, su pasado es una serie no interrumpida de trabajos y privaciones, su presente son nuevas penalidades, y su porvenir el día de mañana y sus robustos brazos acostumbrados al trabajo. Sin embargo viven tranquilos, quizás son felices. Nada esperan ni desean. Su vida se desliza suavemente, exenta de cuidados e inquietudes. Están resignados con su suerte, no piensan en un mundo mejor, se han sometido a su destino, confían, hablando en lenguaje místico, en la Providencia que vela por todas sus creaturas, y esperan con serenidad el término de su peregrinación sobre la tierra, sin inquietarse por las penas y premios desconocidos en un mundo invisible

Pero al lado de esta clase de pobres laboriosos, honrados y dignos de todo aprecio, hay otra que no

posee las mismas cualidades. Siente mayores necesidades y carece de los medios de satisfacerlas, tiene aspiraciones que trata de llenar aunque sea preciso atropellar los deberes más sagrados, aspiraciones y necesidades que a menudo le lanzan por caminos tortuosos que no transitaría si se hallase colocada en otra situación menos violenta. Esta clase es formada de varios modos. Allí están las familias de antigua posición social, pero que por distintas causas han caído en desgracia. Allí están una multitud de ex-empleados, a quienes tal vez por circunstancias especiales en que se encontró colocado un gobernante les llamó a figurar en las cosas públicas, pero que careciendo de aptitudes, han sido postergados, cuando a su juicio ya forman en una elevada categoría de la que no es lícito apartarles. Allí están los empleados de aptitudes y de bellas prendas, acostumbrados a vivir del Presupuesto, del que no se pueden separar sin perecer, porque siendo tan pequeñas las dotaciones, apenas les han bastado para vivir, no logrando nunca hacer economías. Allí están los jóvenes desheredados, pero que merced al estudio y a su inteligencia han conseguido ilustrarse lo suficiente para salir del nivel de las clases trabajadoras

La situación violenta, por decirlo así, en que esas diversas especies que hemos enumerado, se encuentran colocadas, es un terreno fecundo para las revoluciones, que a menudo aprovechan los ambiciosos de encumbradas pretensiones

No de otra manera se puede explicar esa facilidad con que se condensan las oposiciones que sin motivo justo, ni siquiera un frívolo pretexto, se lanzan con extraña prontitud en la vía de los hechos

Para salir de esa situación desventurada, no se presenta a sus ojos otra vía más expedita que un golpe de cuartel con arrojo y valentía. Pensar en un trabajo honesto y llegar a formar con las economías un capital, es pensar en lo excusado. Esa situación es desesperante y pocos son los hombres de un espíritu tan fuerte que no sucumban ante tan ruda prueba

“Y los que sucumben, dice a este propósito un economista moderno, están perdidos sin remedio porque si la imprevisión causa la miseria, la miseria a su vez mantiene y aumenta la imprevisión. Mientras el hombre cree poder bastar por su trabajo a la satisfacción de sus necesidades, su energía moral se sostiene, y aumenta cuando espera alcanzar algo más y mejorar su suerte. Pero si ve o cree ver claramente que todos sus esfuerzos son inútiles y que no hay para él esperanza alguna de obtener una condición mejor ni siquiera de poder mantener su independencia, su energía le abandona, y con ella desaparece poco a poco la previsión y todo pensamiento de porvenir. En efecto, en semejante situación todo pensamiento de porvenir es un sufrimiento, así como la conciencia de la responsabilidad. No se ha de extrañar, pues, que las familias caídas en la miseria se dejen llevar al abatimiento, después a la indiferencia, y corromperse poco a poco hasta el grado de descender, en plena civilización, al estado salvaje. En las familias caídas a este estado, la educación es nula o detestable, el sentimiento del deber desaparece con el de la responsabilidad y el principio de acción se debilita de todos

modos, los hábitos de embriaguez, de disipación, de indolencia, vienen a consumir la ruina de toda moralidad, las afecciones de familia se relajan, cada uno se hace indiferente a los placeres y a los sufrimientos que no le afectan materialmente, poco importa al padre de familia aumentar el número de sus hijos de que ya no se considera responsable; poco le importa entregarlos a una existencia miserable, poco le importa aun tener una familia todos sus sentimientos, todos sus pensamientos se concentran sobre su estado material en el momento presente, apenas le quedan algunos de los atributos del hombre. La transición del estado de esperanza y de progreso al estado de desesperación y de abatimiento es un momento solemne en la vida de las familias. El punto indivisible que separa estas dos tendencias contrarias en el movimiento económico, es en cierto modo el punto mínimum de la vida bajo el imperio de la competencia, el punto en que desaparecen justamente la vida moral y la libertad. La miseria es como el infierno de los poetas se baja a él fácilmente y por mil caminos diversos, pero es difícil y casi imposible hallar la salida."

En esta horrible situación que pinta el economista que hemos citado, se encuentran frecuentemente tres de las especies de pobres que dejamos enumeradas. La palabra revolución suena entonces a sus oídos con una magia encantadora, irresistible. En el puerto seguro en que se guarece la navécula azotada por el mar proceloso de la pobreza. La tierra está abonada y la semilla germina con extraordinaria facilidad.

"La sociedad, ha dicho alguien, es una guerra permanente entre las ideas y los intereses. Las victorias parciales, las victorias del momento, son todas para los intereses; las victorias definitivas, las victorias totales, son todas para las ideas".

Y en efecto, los intereses se unen, se aprestan para el combate, porque los intereses comunes son el vínculo más poderoso que puede ligar a los hombres; los intereses, decimos, se unen, y combaten las ideas, combatiendo el principio de autoridad, despreciando el sufragio universal, base de la República democrática, y apelando a la fuerza, argumento de los que no tienen razón, para satisfacer sus aspiraciones, que nosotros llamamos bastardas, porque no pueden ser legítimas las que para satisfacerse han menester de la sangre de los pueblos, de la sangre de los otros pobres laboriosos, que llenan sus necesidades con el producto de su honrado trabajo.

Peró si los intereses que con tanta facilidad se unen y combaten las ideas, obtienen algún triunfo, es un triunfo parcial, un triunfo efímero, las ideas de justicia y de equidad, esas ideas morales en que descansan las sociedades, vencen en definitiva.

Nuestra historia de medio siglo, es la historia de la guerra de los intereses bastardos contra las ideas conservadoras del orden social que aquellos pugnan por destruir. Los intereses han triunfado algunas veces; pero ese triunfo que es el desconcierto social no ha sido duradero. Pronto ha aparecido el reinado de las ideas al cual tiende el mundo moral, como el mundo físico al centro de gravedad. El triunfo de los intereses es el desconcierto de las leyes morales que rigen a la humanidad y esas leyes no se pueden in-

fringir sin perecer. Los que hoy contravienen a ellas, son quizá los mismos que mañana las sostienen como lo más sagrado y digno de respeto.

Pero ¿han sido los intereses la bandera enarbolada por alguna de las varias revoluciones que durante medio siglo han ensangrentado el suelo de la patria? No por cierto, que nadie es tan cínico que ponga de manifiesto sus miserias. ¿Cuál ha sido entonces? Nuestra historia lo dice.

V

Al recorrer nuestra corta historia republicana, no vemos a ningún partido iniciar un movimiento revolucionario en nombre de sus intereses, en nombre de sus pasiones, que nadie ha sido tan cínico que por esas mezquindades se atreviese a ensangrentar el suelo patrio. Son motivos poderosos, son causas de un orden muy elevado, son los intereses más caros de la sociedad los que les ponen las armas en la mano y les lanzan al combate. La tiranía se ha entronizado; los principios democráticos están postergados, la Constitución hollada, los pueblos gimen bajo el peso de las cadenas que les oprimen, que les ahogan, y es preciso sacrificarse por ese pueblo por quien se han sufrido los más acerbos, los más inauditos dolores. Tales son comúnmente los capítulos de queja que se ponen de manifiesto al estallar lo que llaman revolución. ¿Quién puede negar, dicen entonces, el derecho que asiste a los pueblos para sublevarse contra los tiranos, ese derecho de insurrección, derecho sagrado, por el que nuestros padres, los próceres de la independencia, conquistaron su libertad, sacudiendo el yugo ignominioso que pesaba sobre ellos?

Peró es el caso que no hay ni tiranos, ni cadenas, ni derechos conculcados, ni leyes violadas, ni constitución pisoteada. Son meras artimañas de que en todo tiempo se han servido los pobres de que hablamos en el artículo anterior, para alucinar a las clases trabajadoras e inducir las a servir de instrumento a fin de conquistar el Presupuesto.

La tiranía es la pobreza que acosa, y el tirano es el Presupuesto, a quien se quiere desgarrar a quien los revolucionarios quieren destruir, quieren devorar.

Peró dirán algunos, ¿cómo es que tantos pretenden gravitar sobre el Presupuesto? Cómo es que siendo tan miserables las dotaciones hay quien suspire por ellas?

La respuesta es muy sencilla.

El ser empleado público no es negocio, aunque hay algunos empleos lucrativos. Ya hemos pintado la situación lamentable, dolorosa, desesperante en que se encuentran colocados los pobres de cierta posición, la clase media podemos decir, situación que explotan los ambiciosos que desean el Poder. Al aspirar, pues, nuestra clase media a los empleos, no cree que el momento hacer fortuna, piensa solamente salvarse. Su argumento es estomacal para unos, algo más para otros. Hay la conservación de cierta posición social de la que no se quiere bajar y antes bien se desea dar un paso más arriba.

Al echar raíces en el Presupuesto de Nicaragua se vejeta, se forman verdaderas parásitas. Las fami-

lias pobres, pero de cierta posición, quieren mantenerse al nivel de las ricas. Los empleados se han formado ya un hábito inveterado de comer del Presupuesto, y aunque sean, como muchos, unos papanatas, se creen transformados en seres superiores y rechazan la idea de volver al punto de donde salieron. Ya no les acomoda volver a sus ocupaciones habituales, a sus faenas de otros tiempos para ganar su ordinario sustento. Fueron empleados y les gustó la pitanza. Son ya hombres políticos, hombres públicos. ¿Qué se diría de ellos si volvieran a sus trabajos, si abandonarían la carrera política o militar para ser otra vez artesanos, agricultores, o mercachifles? Es preciso volver al Presupuesto, apoderarse de ese tirano y devorar sus partidas como Saturno a sus hijos. Los ex-empleados son generalmente los políticos más exaltados, los más impacientes revolucionarios, los enemigos más acérrimos de los tiranos y de las tiranías; pero tan luego se les halaga dándoles la pitanza, la oposición cesa, la tiranía desaparece y se tienen los más celosos defensores del orden y de la paz pública.

Los jóvenes intruidos, pero pobres, suspiran por el Presupuesto, es el ideal que se han formado desde que por primera vez entraron, según su gráfica expresión, en el *gran templo de Minerva* (así llaman el comienzo de sus primeros cursos sobre cualquiera ciencia). Ser Abogado es su primer fin. Desde luego se cree, o piensa que los demás le creen un sabio, uno de esos seres superiores que están colocados sobre el nivel de la humanidad. Obtener el diploma de Abogado es para él poseer la llave de oro que abre la puerta de todos o casi todos los empleos; desde Director de un juzgado hasta Magistrado del Supremo Tribunal, desde Jefe de sección de un Ministerio hasta Secretario de Estado o Ministro Diplomático. Estos son los sueños dorados de la juventud estudiantil que procura abrirse una carrera por medio de la ilustración de su inteligencia. La aspiración es noble, es digna de elogio; pero con frecuencia se extravía en el camino, porque en vez de seguir la vía ordinaria se impacienta y apela a la revolución, creyendo se demerita la recompensa debida a sus grandes merecimientos. Como vemos, pues, la clase de pobres que forman nuestra clase media tienen sus ojos puestos en el Presupuesto, y hay hombres que explotan esa disposición.

Los que están en el Poder halagan o pueden halagar a la clase media por medio de empleos para dar más fuerza a la autoridad, seguros de que no habrá entonces quien levante el estandarte de la rebelión. —La clase media está satisfecha.

Pero cuando esto no sucede, como acontece algunas veces, la clase media es una máquina de guerra más poderosa que el antiguo ariete y las catapultas, que las ametralladoras y los krupps modernos.

Ciertos hombres colocados en una posición elevada se sirven entonces de esa máquina y tocan todos sus resortes para ponerla en ejercicio. Poner en movimiento esa máquina es lo que se llama la *política*. El que con más destreza toca los resortes, en el político más hábil.

Tales son, a nuestro juicio, los elementos revolucionarios o de orden, según las circunstancias, según

la mayor o menor habilidad para explotarlos en uno u otro sentido.

De esto podríamos nosotros citar abundantes ejemplos, pero como no queremos individualizar, temerosos de que se piense que hacemos, alusiones, dejamos a la habilidad de cada uno, según el conocimiento que tenga de las personas y de los sucesos, buscar ejemplos que corroboren nuestros asertos.

Obsérvese sino, el modo de hacerse y deshacerse las oposiciones. El modo de iniciar y el modo de concluir las revoluciones.

El Gobierno no puede satisfacer los deseos de todos, porque es materialmente imposible. Los que no están satisfechos forman desde luego en la oposición, con la esperanza de que triunfando tendrán los puestos que sean de su antojo. Pero acontece, como varias veces lo hemos visto, que al triunfar o dominar por cualquier motivo el caudillo de quien se han hecho partidarios, no corresponde a sus esperanzas, ya porque es naturalmente imposible siendo tantos, ya porque han sido atendidos otros que se tienen por opositores, pero que a los ojos del caudillo valen tanto o más que sus partidarios, y entonces le abandonan, le tratan como a un traidor, y no pudiendo contener su despecho, le hacen la oposición más sistemada, más ruda hasta llegar a las armas. Esta es la historia de todos los gobernantes, de sus partidarios y opositores. El mismo acontecimiento se repite siempre, porque la causa es permanente. La *empleomanía* es el cáncer que devora este país. Sin eso los esfuerzos de los ambiciosos serían estériles. Allí encontramos también la clave de la popularidad e impopularidad de los caudillos que llegan al Poder. Cuando son candidatos su personalidad es el punto objetivo de todas las esperanzas, de todas las ilusiones, hay un ideal que ellos personifican, si así podemos decir. Ese ideal es el cuerno de Amaltea, es decir, que se ve en el caudillo al famoso alquimista que sabrá convertir todos los votos dados a su favor en otros tantos millares de pesos que sacarán de la miseria a los políticos de baja esfera, o lo que es lo mismo, a los empleomanos.

Pero después de ser candidato, de ser la personificación del ideal, llega el caudillo a ser Gobierno, a ser la encarnación de la realidad, y comienzan los desengaños, las desilusiones. Los empleos son pocos, relativamente al número de aspirantes, por consiguiente muchos se quedan a la luna de Valencia. Los chasqueados buscan la revancha, figuran primero como *descontentos*; hacen una oposición al parecer racional, casi legal; pero no pudiendo contener su despecho, la cólera estalla y se transforman en verdaderos opositores, en *revolucionarios* de cuartel.

Ese eterno vaiven de las esperanzas a los desengaños, de la amistad más íntima a la enemistad más encarnizada, es el movimiento político de este país, y, nos atreveremos a decir, de muchos países, que, como el nuestro, se encuentran colocados en idéntica situación económica y social.

Extraño parecerá que por tan frívolos pretextos, unos pocos individuos conmuevan el edificio social; pero desaparecerá la extrañeza con poco que se reflexione si se atiende a los elementos constitutivos de nuestra sociedad.

La clase media agitada por los ambiciosos, por los que excitan las pasiones más disolventes, sería im-
potente si no pudiera disponer de los artesanos, de los
industriales, de las clases trabajadoras. Estas gen-
tes, las más buenas, las más inofensivas, las más labo-
riosas sirven inconscientemente de instrumento a los
que desean vivir, más aún, desean gozar y progresar
a expensas del trabajo de lo que llaman el pueblo.

La clase media, pues, disputa el Poder a la pri-
mera clase con el auxilio de la clase popular, y una
porción de ésta apoya también a la primera, de suerte
que el pueblo es la víctima inocente a quien la clase
media inmola en holocausto de su estómago o de su
deseo de figurar en la escena política.

Así había sucedido siempre, pero ya ahora las
clases trabajadoras se muestran sordas a la voz de los
caudillejos que les quieren lanzar al matadero a des-
gollarse mutuamente, por servir ajenos intereses. Po-
cos, muy pocos son los que todavía pueden ser
seducidos por las patrañas de los hábiles políticos, de
los que para hacer alguna impresión procuran como
en otras ocasiones, despertar el espíritu de localismo,
de ese localismo brutal y feroz que tantas lágrimas,
que tanta sangre ha hecho verter a los pueblos. Pero
esa sangre generosa que tan impunemente se ha
derramado por vengar rencores ajenos, por satisfacer
intereses y aspiraciones bastardas, ha caído sin duda
sobre las cabezas de esos políticos de la vieja escuela
que con tanta indiferencia han visto el sacrificio infe-
cundo de los pueblos. Ellos son los responsables de
tantas calamidades, de tantas desgracias que han
pesado sobre la patria, y en vez del galardón que han
creído ganar con su habilidad política, obtendrán las
maldiciones de las generaciones futuras y la excreción
y la eterna reprobación de la historia. (1)

CARTA

Managua, febrero 10 de 1875

Señor Don Juan B. Sacasa

Muy señor mío

Junto con su estimable carta de 31 de enero últi-
mo recibí dos ejemplares del opúsculo escrito por el
señor Licenciado don Tomás Ayón sobre los aconteci-
mientos políticos de Nicaragua en los años de 1811 a
1824.

Agradezco a Ud. su deferencia al enviarme esos
opúsculos, obsequiando los deseos que manifesté a
Ud. en mi carta de 22 del mes anterior.

Ud. hace preceder el opúsculo de una especie de
prólogo, en que explica lo que le induce a dar a luz
aquella producción.

Los vínculos de amistad y parentesco que nos
unen, me impiden entrar en apreciaciones sobre las
causas de los acontecimientos de 1824, en que tomé

(1) NOTA—Estos artículos se publicaron en la GACETA el año de
1874 y hubo necesidad de suspender la serie por motivos políticos. Los
que en las pinturas que se hacían en ellos vieron sus retratos o creyeron
maltratados a sus antepasados, pusieron el grito en el cielo. Entre estos
descoló don Juan B. Sacasa, quien hizo publicar un opúsculo rectifican-
do las "consideraciones políticas". Con este motivo el redactor de la GACE-
TA dirigió al señor Sacasa la siguiente

participación activa su señor padre, y hacen que me
abstenga de llenar muchos vacíos y rectificar muchos
pasajes de los "Apuntes", pero el preámbulo de Ud.,
cruel e injusto conmigo, me pone en la necesidad de
aclarar, a mi pesar, varios de sus conceptos en cuanto
tienen relación con lo que he escrito.

Los artículos que bajo el título de "Consideracio-
nes sobre el modo de ser político de Nicaragua", pu-
bliqué el año anterior en varios números de la Gaceta,
son los que han motivado la publicación de Ud.

Dice Ud. que pretendiendo demostrar el modo
de ser político, me reduje a relacionar muy superficia-
lmente algunos de los trastornos ocurridos en el
país, omitiendo exponer las causas y los fines de las
revoluciones de donde pudiera deducirse la moralidad
o inmoralidad de éstas, y que tomando hechos aislados,
he sacado las consecuencias arbitrarias que cre-
yera convenir a mis miras.

Las Consideraciones políticas son lo que su mis-
mo nombre indica. No son la historia de los aconte-
cimientos como supone Ud. Las Consideraciones
pudieran versar sobre el modo de ser social, religioso,
económico & &. Ellas tendrían por punto de partida
la historia, pero no serían la historia misma. Esta,
como bien sabe Ud., es la relación de los sucesos pa-
sados para enseñanza de las generaciones futuras,
pero cuando se busca la causa de los acontecimientos
y el enlace que estos tienen entre sí, cuando se co-
mentan los sucesos y se juzga a los que los han lleva-
do a cabo, entonces se escribe la filosofía de la his-
toria.

Ni historia ni filosofía de la historia me propuse
yo escribir. Fueron simplemente consideraciones so-
bre nuestro modo de ser político, sobre los móviles y
las tendencias de nuestros partidos, según las diversas
evoluciones que he visto en un corto período de tiem-
po y los informes que se me han dado respecto a épocas
más lejanas. Solo en dos artículos cité hechos
históricos, que yo tenía como ciertos, para apoyar lo
que me proponía demostrar.

Quizá Ud. hallará deficiente lo que dije, y no
carecerá de razón. La misma naturaleza de los ar-
tículos de periódico, no permite extenderse demasiado
ni profundizar las cosas como cuando se escriben
volúmenes que pasan a la posteridad. Los periódicos
solo viven un día, tal vez habrá quien guarde algunos,
pero es seguro que las generaciones futuras no irán
como Ud. piensa, a buscar en ellos ni ciencia, ni
recreo, nada, en fin. Los periódicos son de actuali-
dad, son especie de meteoros que brillan un instante
y desaparecen.

Tal vez hallará deficiente dije, las "Considera-
ciones", y no carecerá de razón. Como Ud. observa-
ría, la serie de artículos que me proponía escribir, no
está completa. Tuve que suspenderla por varios mo-
tivos. Poco después de empezar tropecé con muchos
inconvenientes. No podía extenderme inquiriendo
las causas, ni señalando los efectos de todos los suce-
sos, ni presentar a sus autores bajo su verdadero punto
de vista, porque era lastimar a muchos que aman su
memoria.

Por otra parte, el periódico es oficial y era atraer
sobre el Gobierno la animadversión de los que se crey-

sén ofendidos por haber presentado de un modo desfavorable a sus antepasados

Mi objeto al escribir las "Consideraciones políticas", como ya he dicho a Ud, era probar, entre otras cosas, que no tiene razón de ser la rivalidad de León y Granada por las supuestas ofensas que recíprocamente se atribuyen a los dos pueblos

Para probar ésto, no he tenido que sacar consecuencias arbitrarias de hechos aislados, como Ud dice

Para mí, la consecuencia es verdadera y legítima, y Ud en su escrito, y el señor Ayón en sus "Apuntes", han venido a corroborar mis asertos. Vamos a verlo

Ud pretende hallar contradicción entre varios conceptos de los artículos de que se ocupa, pero esa contradicción no la encontraría fijándose un poco más en el significado de las palabras

Yo dije que a mi juicio la *rivalidad* entre León y Granada databa desde 1824, y también afirmé que León había sido *hostil* a Granada desde la época colonial, queriendo sofocar los sentimientos liberales de que allí se dio muestra un siglo antes de la independencia

Entre esas dos afirmaciones encuentra Ud la contradicción, porque confunde lastimosamente las palabras *rivalidad* y *hostilidad*, que son muy diferentes

En la rivalidad hay *competencia*, y esta existe entre ambas ciudades desde que se han disputado la supremacía

En la hostilidad no hay más que *daño* que uno causa a otro por enemistad, y León dañaba a Granada en la época colonial, sofocando sus sentimientos liberales. En León estaban las autoridades españolas que deseaban conservar la colonia, cual pequeña perla engarzada a la corona de Castilla, y en Granada existían los patriotas que querían la emancipación y la autonomía de la Provincia

Entonces las poblaciones no eran *rivales*, pero si la una *hostilizaba* a la otra. Y esto era muy natural porque el absolutismo de los reyes a quienes servían los Gobernadores que residían en León, no podía hermanarse con las aspiraciones democráticas de los pueblos

Muy caro costó a los *conspiradores* granadinos su crimen de querer dar libertad a la patria. Presidio temporal y perpétuo, confiscación de bienes, confinamiento y destierro, todo sufrieron multitud de patriotas por su amor a la libertad, esos mismos patriotas a quienes después ha querido tildarse de absolutistas porque no se prestaron a secundar los instintos demagógicos

Ud dice que nadie ha atribuido la rivalidad entre los dos pueblos principales de Nicaragua a los acontecimientos de 1824, que esa suposición pertenece exclusivamente a la GACETA, que los granadinos no llegaron en aquel año a León a atacar la ciudad como en 1844, sino a defenderla y que por consiguiente no hubo motivo de *rivalidad* contra Granada

Estamos de acuerdo en algunas de esas aserciones, pero hay otras que no puedo admitir bajo ningún concepto

Que los granadinos no fueron el año 24 a atacar la ciudad de León, estamos de acuerdo, y que por

consiguiente no hubo o no debió de haber motivo de rivalidad. Eso es cabalmente lo que yo he dicho.

Pero muchos ciudadanos, que se complacen en los males de la patria y que se sirven de la credulidad y sencillez de los pueblos, han propalado de palabra y por escrito, que los granadinos incendiaron León en los años de 24 y 44. Puedo citar a Ud más de un incendiario panfleto en que se concita el pueblo a la lucha, avivando el espíritu de localismo y excitando las pasiones por medio de esas calumnias. Con ese motivo escribí yo, para llamar la atención sobre esos acontecimientos, y haciendo resplandecer la verdad, se quite a los revolucionarios uno de los medios con que azuzan a los pueblos

Que haya sido la retirada del ejército sitiador el 26 de agosto de 1824 o después, que haya tenido lugar el incendio al retirarse el ejército o durante el sitio; que el Coronel Sacasa haya o no muerto en el campamento, todo eso es de poca o ninguna importancia para lo que yo me proponía. Esos pormenores pertenecen a la historia. A mí me bastaba constatar el hecho de que los granadinos no fueron a atacar la población sino a defenderla. Los republicanos de Granada daban la mano a los de León para ayudarles a levantarse. La columna de 400 soldados, que al mando de Tifer envió Ordóñez a León, contribuyó poderosamente a la defensa de la ciudad, atacada por los ejércitos unidos de Managua y el Viejo

Hay aquí una circunstancia que conviene notar porque ella caracteriza aquellos acontecimientos

El ejército unido, que iba a combatir a los *comunistas*, como hoy se les llamaría, dicen los "Apuntes" del señor Ayón, era mandado por Salas. ¿Y quién era Salas? Un Coronel colombiano, no peruano, como dicen, un aventurero que había huído porque le perseguía el Libertador Bolívar

No creo que el Libertador persiguiera a ese hombre porque fuera liberal, ni honorable

El aventurero a quien el Libertador perseguía, llegó a Nicaragua a combatir a los *anarquistas*. Este solo hecho habla muy alto en favor de los comunistas de 1824, y condena a sus enemigos. ¿Qué causa santa era esa cuya defensa se encomendaba a un perseguido por el Libertador? Qué hombres prominentes eran aquellos que se ponían a las órdenes de un advenedizo?

Son responsables de todos los acontecimientos de aquella época los que provocaron el movimiento y llevaron la guerra a León

Ordóñez no dividió el partido republicano. Se puso a la cabeza de la revolución por sus prestigios en el pueblo, por sus aptitudes y su amor a la libertad. Los que le habían aconsejado el pronunciamiento le combatieron después, uniéndose a los enemigos, porque el caudillo no se prestó a servir de instrumento. Dividieron el partido republicano y produjeron la anarquía los que combatieron a Ordóñez

Es falso que la hez del populacho rodease a Ordóñez. Hombres puros y patriotas esclarecidos le acompañaron. Sandoval, Rocha, Solórzano, Alvarez Bolaños, Galeano, Castillo y otros muchos. Si por hez del populacho se entiende los artesanos y los

Pero volvamos a la rivalidad entre Granada y León, que yo hago datar desde 1824

Hay a ese respecto diversidad en las apreciaciones, yo no pretendo estar en posesión de la verdad, pero tengo mis razones para creerlo así

El Dr don Pedro Francisco de la Rocha, en una serie de artículos que publicó en el "Nacional" de Honduras, dice que la decantada rivalidad no existía entonces, de 1811 a 1825, y que Granada no recordó jamás, como suponen Montúfar y Marure, que en 1811 y 1823 llegaron a sus puertas leoneses incorporados a las huestas absolutistas. Así es que el señor Rocha atribuye la rivalidad a sucesos posteriores

El señor Ayón en sus "Apuntes", citando las "Memorias" de Montúfar, dice que desde 1811 data la rivalidad de León y Granada, y la de Managua y Masaya contra la última ciudad.

Vemos allí diversidad y contradicción. Rocha rectifica ese aserto de Montúfar, citado como autoridad por el señor Ayón; y el señor Rocha tiene razón, porque como muy bien observa, solo había entonces ese desvío natural de los pueblos hacia la propiedad, apoyo algunas veces de gobiernos opresores

No podían en 1811 ser rivales los dos pueblos. Ambos estaban sujetos al yugo colonial, ambos eran víctimas del absolutismo ibérico, y juntos corrieron la adversa o próspera suerte de pueblos que aspiraban a su independencia. Granada dio primero el grito de independencia y apoyó la revolución de León enviando una columna de 400 patriotas. Los pueblos que así se conducían no eran rivales ni podían serlo, cuando ambos aspiraban a la libertad. Hubo hostilidad de León contra Granada en 1811, pero la rivalidad entre las dos ciudades comenzó después de consumada la revolución, cuando ya los dos pueblos libres se disputaban la supremacía en el nuevo Estado, y la revolución propiamente dicha, si no me equivoco, tuvo lugar de 1822 a 1825. Por eso digo que la rivalidad data de aquella época.

Si esa suposición, como Ud dice, pertenece exclusivamente a la GACETA, yo la acepto

En ese aserto de Ud. encuentro cierta reticencia de que voy a ocuparme.

Suponiendo Ud equivocado lo que yo he dicho, es que asegura que semejante aseito pertenece exclusivamente a la GACETA, queriendo en cierto modo significar, que es propio de ella el error o la mentira

Yo no pretendo ser infalible, ni que se asiente a lo que digo como si fuera evidente

Estoy sujeto a errar como todos los mortales, porque el error es propio de los hombres, pero no se puede decir que esa cualidad es exclusivamente mía, ni hay razón para echar en mala parte las equivocaciones que padezca

Raciocinando como Ud, podría sacar consecuencias muy originales

He aquí una muestra. Los Magistrados que componen las Secciones Supremas de Justicia, debe suponerse que son probos y entendidos en el derecho. Sin embargo, con mucha frecuencia he visto que las Secciones de Justicia recíprocamente revocan sus sentencias y aun condenan en costas a los señores Magistrados. La falta de fundamento legal en las senten-

cias debe atribuirse a equivocaciones involuntarias en la interpretación y aplicación de las leyes. ¿Sería justo decir en este caso que el error es propio o pertenece exclusivamente a los Magistrados? ¿Habría razón para echar en mala parte las equivocaciones que padecen? Me parece que no, y su argumento nos conduciría a decir que sí

Ud dice que encuentra muy extraño que la GACETA elogie a don Silvestre Selva por la participación que tomó en los sucesos de 1844, y califique de anarquista al padre de Ud porque trató de sofocar la anarquía en 1824

Permítame decir a Ud que ha sufrido una equivocación. Ni he elogiado a Selva ni denigrado a Sacasa. Si la participación que cada uno tomó en los acontecimientos, les hace dignos de elogio o vituperio, eso será obra de ellos exclusivamente, y a la historia, a la verdadera historia de este país, le corresponderá hacer la calificación

Ni Ud ni yo somos competentes para eso. Don Crisanto era padre de Ud y don Silvestre tío, y de mí, éste abuelo y aquel tío abuelo. Esta circunstancia nos obliga a guardar silencio a ese respecto

Me abstengo, pues, de juzgar los sucesos de 1824, pero no puedo prescindir de ocuparme aunque ligeramente de los de 1844, que Ud presenta de un modo desfavorable para mi abuelo.

Ud dice que don Silvestre Selva se puso a la cabeza del movimiento de 1844, uniéndose al invasor Malespín, que con fuerzas de otro Estado llegó a saquear e incendiar a León, para derribar de la silla al Jefe constitucional don Manuel Pérez

Es calumniar a los Estados del Salvador y Honduras y a la generalidad de los nicaragüenses atribuirles el designio de llegar a León con el objeto de saquear e incendiar la población. Es además falsear la historia de aquellos sucesos, de los cuales tenemos multitud de documentos, hacer semejantes aseeraciones

Todos conocen, diré yo a Ud ahora, la criminal conducta de Casto Fonseca.

Todos saben los actos de hostilidad manifiesta del "Gran Mariscal" contra El Salvador y Honduras

Nadie ignora que por influencia de varios coquimbos declaró la guerra e invadió aquellos Estados, y que esa conducta de Casto atrajo a su vez la invasión sobre Nicaragua.

Cuando los nicaragüenses se sublevaron e hicieron causa común con el invasor, no fueron a incendiar ni a saquear, sino a poner coto a las demasías de un tiranuelo que les oprimía y ultrajaba, y trataba de oprimir y ultrajar a las naciones vecinas

Si hubo incendio y saqueo fue una consecuencia precisa de un largo sitio y de haber tomado por asalto la ciudad

No es esto decir que fuera bueno el incendio y el saqueo, sino que es inevitable en la guerra. ¿Quién es capaz de contener a los soldados después que han tomado por asalto una ciudad? Pero la responsabilidad de esos desgraciados acontecimientos, debe pesar sobre los que con su conducta desatentada y tiránica dieron lugar a ellos, atrayendo a sí el odio de los pueblos y de las naciones vecinas.

El párrafo que dejo sub-rayado, me lo atribuye Ud a mí, pero ese es un falso testimonio

Lo que únicamente dije al ocuparme de los acontecimientos de 1844, en el número 27 de la GACETA, del año anterior, fue lo siguiente

“Después de Núñez fue electo Director del Estado don Pablo Buitrago, a quien sucedió don Manuel Pérez. Entonces la Dirección del Estado estaba separada de la Comandancia general. El verdadero Director era el Jefe de Armas. El célebre Casto Fonseca ejercía la Comandancia y disponía a su antojo de la sociedad. La autoridad moral del Director no valía nada ante la soldadesca desenfrenada que rodeaba a Fonseca. El militarismo estaba entronizado, se atropellaba sin distinción a todos los ciudadanos y el descontento era general. Pero los actos desautorizados de Casto no se limitaban al Estado, sino que se extendían hasta los vecinos, al grado de atraer sobre Nicaragua las armas del Salvador y Honduras. Malespín invadió el Estado y puso sitio a León. Los descontentos de Nicaragua aprovecharon la oportunidad que se les presentaba para poner término a la oprobiosa dominación de Casto. Managua fue la primera que se pronunció contra el Gobierno, la secundó Masaya, Granada siguió la corriente revolucionaria y la sublevación fue general. Don Silvestre Selva se puso a la cabeza del movimiento y envió un agente a León con objeto de mediar entre el Gobierno y los invasores. Las proposiciones para un arreglo pacífico fueron desechadas por el Gobierno y entonces las fuerzas del Director provisorio apoyaron a Malespín hasta derribar a Pérez.

No fueron, pues, los pueblos de Nicaragua los que invadieron a León, sino que se prepararon para recibir del invasor el poder de que tanto abusó Casto Fonseca con daño de los nicaragüenses, cuyos derechos había conculcado. No vemos nosotros en ese suceso ningún motivo plausible que pueda alegarse como causa de enojo entre León y Granada, siendo así que lo más importante de aquella ciudad coadyuvó con sus esfuerzos al triunfo de los invasores.”

Eso es muy diferente de lo que me atribuye Ud, observe que allí como al ocuparme de los hechos de 1824, lo que me propongo demostrar es que no hay motivo plausible que pueda alegarse como causa de enojo entre León y Granada.

Eso es lo que yo me proponía, eso es lo que convenía a mis miras, y no infamar la memoria de su

señor padre y concitar contra sus hijos y demás descendientes el odio de los nicaragüenses, como Ud gratuitamente dice. ¿Por qué echa Ud en tan mala parte mis artículos? Por qué me atribuye tan dañadas intenciones? Qué antecedentes hay entre yo y su familia que pudiera autorizarle para juzgarme de ese modo? Y ya que Ud me atribuye esas intenciones, necesario es que me suponga algún objeto en mira, ¿y qué objeto, que mira podía yo tener con infamar la memoria de su señor padre y ofender a Ud. y su familia?

Si yo falseaba la historia, presentando al Coronel Sacasa de un modo desfavorable, sufría una equivocación, y estaba Ud. en su derecho al rectificarme y presentar los hechos bajo su verdadero punto de vista, pero esto no le autorizaba para hacer suposiciones injuriosas y atribuirme ruines intenciones.

Reconozca Ud que ha sido *cruel e injusto* conmigo, suponiéndome ruines intenciones y miras rastreas al escribir, como escribí, con la mayor buena fe, unos pocos artículos de periódico.

Yo siento mucho haber causado a Ud un disgusto, pues sinceramente le estimo como a toda su familia.

Ud debe creer, como le aseguré en mi carta anterior, que no he tenido la menor intención de ofender la memoria de su padre, y sea dicho de paso, cuando escribí aquellos artículos, no sabía que don Crisanto era padre de Ud, ni que fuera mi tío abuelo.

Referí algunos sucesos de aquellos tiempos en que figuró su padre, tal como me los contaban cuando yo era niño, y al referirlos escribí estas precisas palabras.

“No es nuestro ánimo escribir la historia, ni hacer rectificaciones, sino servirnos de aquellos hechos históricos que pintan, por decirlo así, el carácter de los partidos, revelando su naturaleza y sus tendencias. Quizá suframos algunas equivocaciones en la enumeración cronológica de los sucesos, porque descansando en las relaciones de algunos ancianos, es probable haya *inexactitudes*, pues no es fácil fijar con precisión la fecha de acontecimientos lejanos no teniendo más datos que una tradición embrollada”.

Disimule Ud lo extenso que he sido, y crea que soy su afectísimo amigo y seguro servidor.

CARLOS SELVA

LA PRENSA MINISTERIAL

Siempre hemos sostenido que la prensa ministerial es nociva a los gobiernos y muy provechosa a los artidos de oposición y a los cortesanos que tienen eciesidad de mecer el incensario.

Basta reflexionar un poco sobre lo que es la prensa y lo que debe ser el gobierno de un país libre, para convencerse de que éste no la necesita y de que quella no debe ponerse a su servicio. La justificación de los gobiernos está en sus propios actos y no en sus palabras ni en las de sus cortesanos y serviles. Por más que se diga que un gobierno es bueno y que

sus actos son legales de nada servirá si todos los pueblos están sintiendo que es malo y están viendo que sus procedimientos son atentatorios. La verdad se ha impuesto, la opinión pública se ha formado. ¿Cómo volver blanco lo que es negro y todos lo ven negro? Cómo hacer que la verdad real y la verdad formal se cambien en virtud de unas cuantas palabras escritas por un adulador vendido al poder? Eso tiene lugar solamente en las pruebas de magia, el gobierno es algo real y serio y su buen o mal éxito no depende de la mayor o menor habilidad de un prestidigitador. Lo